

AÑO XXIII.—NÚM. 6500

11 DE ENERO DE 1883.

REDACCION, MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA

Jueves 11 de Enero de 1883

UN NUEVO LIBRO
DE
FEDERICO TORRALBA

Nuestro querido paisano y abogado D. Federico Torralba Pedreño, ha publicado recientemente un discreto y bien pensado libro del género de los que con tanta aceptación viene dando á luz Julio Verne y que bajo formas diversas y hechos extraordinarios tanto deleitan como instruyen.

Titulase el libro del Sr. Torralba «El Globo de What» y tanto por la belleza de los grabados como por el fondo científico que encierra, es digno de toda consideración y apauso.

Pinta la escena en la América meridional, habiendo elegido de este modo el punto de la Tierra donde la naturaleza se ostenta con más maravillas y escenas más sublimes. Por eso «El Globo de What» que es una pequeña enciclopedia de lo más sobresaliente de sus tres reinos, nos presenta, en forma de agradable novela, una hermosa parte de la ciencia por lo que respecta á lo más notable de la zoología, de la botánica y de la mineralogía que viven en aquella región distante del Nuevo-Mundo que acabamos de citar.

Con imágenes bellísimas, con un estilo en extremo poético y con concienzudo conocimiento de lo que trata, el Sr. Torralba, describe una bellísima aventura, donde, al través de mil peligros y combates, el amor y la fortuna son el premio de un protagonista generoso, honrado, de valor heroico y de no vulgar ilustración.

Deleitar instruyendo, transmitir la ciencia por medio de la novela, poner á los ánimos ménos dados al estudio en conocimiento de ciertas verdades de la historia, de la geografía, de la física, de la astronomía, al irresistible íman de una leyenda fantástica, es la tendencia y el objeto que se propone la escuela francesa originalísima de Julio Verne, y lo que, con segurísimo acierto y facilísima descripción, nos dan en la práctica, como magnífico resultado, los diez y nueve capítulos que forman el ilustrado libro «El Globo de What.»

Dicha obra ha sido impresa en el tamaño y forma general de las que afectan á la novela de que se hace mérito y, como las de Julio Verne, basta ver sus grabados simplemente para sentir ya un vivo interés por leerla, tal es por ejemplo, aquel que representa un volcan en el centro de numerosas montañas, como los que figuran ya un bosque poblado

de árboles, ya el espectáculo de dos trombas muinas, ya una inundación del río Amazonas, ó ya una choza solitaria visitada por un oso que pretende sorprender á sus moradores.

No es este el primer libro que tiene escrito nuestro conciudadano y por lo mismo ya de antemano se le viene conociendo como buen escritor, pero si el Sr. Torralba ha dado al criterio de la opinión pública obras tan recomendables como «La Mujer», «Cristo y la Civilización», «Patria y Libertad» y «Colección de Discursos», ninguna para nosotros tan bella en la forma y tan original en el fondo, como por el que ahora trazamos estas líneas y que con el bautismo «El Globo de What» circula por España.

EL LIBRO DE LA FAMILIA.

Distingue hace tiempo á los españoles el ansia de copiar del extranjero cuanto hiera la fantasía ó llame nuestra atención, y ávidos de suscribir con afán á lo que rompe con nuestro modo de ser, modas, costumbres, diversiones, todo, en fin, aun lo más extravagante y ridículo es aceptado si se presenta con el marchamo de extranjerismo, traducido libremente por el colmo de la elegancia y la distinción.

Disculpable, á no dudarlo fuera la manía de la copia si, prescindiendo de lo útil, se fijase en lo provechoso, lo cual rara vez sucede, acaso por falta de un perfecto conocimiento de las cosas, acaso por una impresionabilidad excesiva respecto á aquellas que, si son más salientes que otras, no llevan en sí la misma utilidad.

Esto acontece con una costumbre del extranjero, arraigada principalmente en los pueblos del Norte, que á la manera de las plantas que embalsaman el ambiente con su aroma, escondiendo su cáliz entre el follaje, se guarda cuidadosamente en el hogar, prestando á la familia inapreciables ventajas. En esos países, donde el hogar es un templo y el cariño y el respeto á la familia y sus tradiciones constituye el más ferviente y estrecho de los cultos, se guarda, como la Biblia en la Iglesia, un libro semi santificado por su destino «el libro de la familia», donde se anotan cuidadosamente todos los sucesos prósperos y adversos, los llantos y las risas, las venturas y los sinsabores de los seres, cuya existencia se halla íntimamente unida por los lazos de la sangre y del cariño.

Cuando se celebra una boda, los nuevos esposos abren ese libro, especie de cuenta corriente con la vida, cuyas páginas no saben si van á escribir las con lágrimas ó con sonri-

sas. Allí se escribe con tinta color de rosa el nacimiento del primer hijo, su nombre, el lugar donde fué bautizado, sus padrinos, etc.; y á partir de este hecho inicial, allí se van consignando poco á poco sus enfermedades, sus adelantos en la carrera, sus alternativas todas. Allí, en orladas páginas, se recogen las acciones dignas de los, como modelos para ofrecer á la imitación de los que vienen á ocupar en la familia el lugar de los que mueren. Allí, en hojas de luto, se inscriben las defunciones de los que terminan su misión en el mundo.

Así hojeando este libro los individuos no sólo adquieren cuantos datos referentes á sí propios pueden interesarles, sino que conocen la historia de toda su progenie. El hijo mayor recoge el libro de sus padres convirtiéndose en guardian de este tesoro familiar; los demás hijos abren nuevos libros, viéndose copiada en esto la semejanza del tronco y las ramas con respecto á la familia.

¡Cuán útil y conveniente sería que entre nosotros se arraigase esta costumbre del libro de la familia! Podría conservarse así la memoria de muchas noticias íntimas que se pierden y que hacen que en las clases media, que es el núcleo más fuerte del Estado, los individuos no sepan de sus ascendientes más allá de aquello de que se puedan dar cuenta por haber sido testigos presenciales de los sucesos. Aún así, la memoria es frágil y mezquina para retener mil pormenores. ¡Cuántas veces en los accidentes varios que la vida ofrece, necesita un individuo presentar las partidas de nacimiento ó defunción de sus abuelos, por ejemplo, é ignora donde han vivido y cuando han muerto! ¡Cuántos otros necesitan poseer la partida de su propio nacimiento y ellos mismos desconocen, ó el lugar donde vieron la luz, ó la parroquia en que fueron bautizados!

Hay además una circunstancia que evidencia, no ya la utilidad, sino la necesidad de que la costumbre del libro de familia se viese adoptada entre nosotros. La movilidad de la vida y las circunstancias de nuestra sociedad actual son del todo opuestas al modo de ser de otras épocas, en que el hombre, asemejándose á un vegetal, moría en el mismo lugar donde había nacido, disfrutando aquella felicidad que cantaba Lista de no ver más río que el de su patria.

Hoy las corrientes del siglo, el desarrollo de la actividad llevan á las gentes á remotos climas: los lazos de familia se desgajan; trascurren largos años sin recibirse noticias del ausente, quizás se le cree muerto, y se le olvida, y con su memoria se pierde también muchas veces para

su familia el fruto del trabajo atesorado con mil sacrificios en aquellas tierras, si allí no se constituyó una nueva familia. Un aldeano breton recogió no hace mucho tiempo cuantiosísima herencia de un pariente suyo fallecido en el Canadá, cuya herencia debe á las noticias de un periódico, aclaradas por un anciano vecino suyo, que recordaba en sus mocedades la partida para América de la persona cuya existencia ignoraba el afortunado bretón.

No ya por este género de utilidad ciertamente muy respetable y atendible, sino por el buen orden en la familia, por la ventaja que proporcionaria en muchas ocasiones, principalmente en aquellas en que el sentimiento apaga todo recuerdo, el poseer noticias exactas de este ó aquel pormenor que nos interesa, produciría apreciables beneficios la adopción entre nosotros de la costumbre del libro de familia, especie de registro civil confiado al jefe del hogar, que se extiende solo á sus confines y en cuyas hojas los varios accidentes y sucesos de la vida van dando materia á la historia de cada individuo.

Las inmensas ventajas de esta costumbre no pueden apreciarse en un corto periodo de tiempo: á lo largo se demuestra. Cuando los testigos de los hechos que se quieren recordar han desaparecido, cuando interrogamos en vano y nadie sabe darnos razón de aquello que se pregunta, el libro de la familia puede recordarnos cuanto podemos desear, y ser el confidente que nos diga en secreto mil intimidades del hogar que de otro modo se habrían perdido.

Hemos expuesto una idea: mucho nos holgaríamos de haber despertado con ella el deseo de su adopción en muchas familias, contribuyendo así á proporcionarles en lo venidero los grandes beneficios que de tamisma habrán de resultar.

Algunos industriales podrían contribuir á facilitar la realización del pensamiento ideando la confección de libros á propósito para recoger ordenadamente todos los datos relativos al estado civil de los individuos y demás pormenores dignos de ser consignados, que por ser en su mayoría aplicables á todos, son susceptibles de acomodarse en lo esencial á una pauta dada.

(Del Imparcial)

CALENDARIO DEL AGRICULTOR.

(Enero.)

En este mes puede el labrador dedicarse á labrar las tierras destinadas á cosechas tardías, así como las de barbecho, por cuanto de este modo se impregnan mejor de la humedad y de los elementos atmosféricos, y se mejoran sus condicio-